



## “Ventanas En Los Cielos”

El tiempo era muy malo y la Señora de Scott no era “buena marinera”. Sin embargo, muy confiadamente ella se embarcó en el transatlántico que la llevaría a América.

El tiempo no se mejoraba; al contrario seguía peor y el barco se encontraba en una gran tormenta. La pobre se mareó y se puso muy grave. El médico del barco fue llamado y él ordenó que la señora no tomara nada más que naranjas e indicó que al no atender tal indicación, se podían esperar consecuencias graves.

Durante tres o cuatro días la pasajera tomaba sólo naranjas, pero entonces la camarera con muchas disculpas le informó que se había agotado esa fruta.

La señora quien se encontraba todavía grave, le contestó:

“Dios conoce mi necesidad y Él proveerá naranjas si ve que me son indispensables.”

Con sorpresa la camarera contempló a la enferma y le dijo:

“Pero Señora, a usted se le ha olvidado que nosotros nos encontramos en alto mar, en medio del Atlántico. Y aquí no hay modo alguno de conseguir esa fruta.”

“No,” respondió la enferma. “A mí no se me ha olvidado eso pero mi Dios puede abrir ventanas en el cielo si Él tiene a bien suplir mi necesidad.”

La camarera la miró con incredulidad y se retiró. La enferma se puso a pensar y a preguntarse a sí misma si había dicho algo imprudente, pero pronto le vino la seguridad que sin falta Dios iba a socorrerla. Así consolada, se recostó tranquilamente.

Pasó una hora. Nadie la visitó en su camarote. De repente se oyó un ruido y una gran conmoción sobre cubierta. Oyó que sonaban las sirenas. “¿Qué está pasando?” se preguntó la señora. Esperó. Se preocupó. “¿Nos ha cruzado algún peligro? ¿Por qué no me vienen a informar? Estoy demasiado débil para levantarme para ir a averiguar.”

Pronto oyó pasos de una persona que se le acercaba. Eran de la camarera quien entró trayendo un montón de hermosas naranjas.

“¡Mire, Señora!” exclamó. “Su Dios le ha mandado éstas.”

“¿Cómo?” era la única respuesta que salió de la enferma.

“¿No oyó las sirenas?” preguntó la camarera. “Un barco en peligro se nos acercó. La tormenta le había hecho desviar de su curso. Su agua potable se había agotado y se encontraba en grave peligro. Tuvimos la dicha de poder socorrerlo. Nos avisaron que la carga que llevaban era de naranjas y nos suplicaron que aceptásemos algunas en cambio por el agua que les habíamos dado. Ahora tenemos naranjas suficientes para el resto del viaje.”

La Señora de Scott levantó su rostro en profunda gratitud a Dios por una muestra más de su amor para con ella y también por la oportunidad que le había dado de testificar a la camarera de su poder. Ella aseguró que jamás olvidaría tal experiencia.